

## **Montesquieu LVI**

**Carlos Marx**

**21 de enero y 15 de febrero de 1849**

(Tomado de Carlos Marx y Federico Engels, *Periodismo revolucionario*, Ediciones Roca, México, 1975, páginas 115-134; con traducción al castellano (sin citar fuente) de Victoria Pujolar. Publicado en *Neue Rheinische Zeitung (Nueva Gaceta Renana)*, números 201, del 21 de enero, y 222, del 15 de febrero de 1849.)

*Número 201, del 21 de enero de 1849*

Colonia, 20 de enero. Un redactor anónimo, que el “honorable” Joseph Dumont no paga, sino que le paga, y cuyo trabajo aspira a influir a los electores, dirige a la *Neue Rheinische Zeitung* el apóstrofe siguiente:

“La *Neue Rheinische Zeitung*, órgano de la democracia, se ha complacido en citar los artículos publicados en este periódico bajo el título *A los electores de segundo grado* y presentarlos como procedentes de la *Neue Preussische Zeitung*. A esta mentira basta responder que dichos artículos aparecen como inserciones pagadas, y, exceptuando el primero, que está sacado de la correspondencia parlamentaria, han sido escritos en Colonia y su autor no ha leído, ni siquiera visto, un número de la *Neue Preussische Zeitung*.”

Comprendemos la importancia que tiene para Montesquieu LVI reivindicar su propiedad. Comprendemos igualmente la importancia que tiene para el señor Dumont precisar que es pagado incluso por las hojas y artículos que ha hecho imprimir y difundir en interés de su propia clase: la burguesía. En cuanto al redactor anónimo, digamos que conoce el proverbio *les beaux esprits se rencontrent*. No es culpa suya si sus más característicos productos cerebrales se parecen a los de la *Neue Preussische Zeitung* y a los *Preussenvereine* como dos gotas de agua.

No hemos leído nunca sus artículos insertos en la *Kölnische Zeitung*. Sólo nos hemos dignado mirar por encima las hojas volantes salidas de la imprenta de Dumont, que nos han sido expedidas de todas partes. Pero al compararlos ahora nos encontramos con que unos y otras sirven a la maravilla tanto para una cosa como para otra.

Para expiar nuestra culpa hacia el anónimo Montesquieu LVI nos hemos impuesto la dura penitencia de leer todos sus artículos aparecidos en la *Kölnische Zeitung* y ceder “en propiedad colectiva” al público alemán su propiedad privada intelectual.

*¡Tal es la sabiduría!*

Montesquieu LVI se ocupa preferentemente de *la cuestión social*. Ha descubierto “la vía más fácil y más simple” para *resolverla*, y propaga sus pastillas curalotodo con énfasis de charlatán pleno de unción y de ingenua impudicia.

“La vía más fácil, más simple (para resolver la cuestión social) es: aprobar la constitución *octroyée* del 5 de diciembre pasado; revisarla; hacerla aprobar por todo el mundo y establecerla definitivamente. *Esta es la única vía que nos lleva a la salvación*. Quienes tengan en el pecho un corazón sensible a los sufrimientos de sus hermanos pobres, quienes quieran dar de comer a los hambrientos y vestir a los desnudos... quienes, en suma, *quieran resolver la cuestión social*, no deben elegir a nadie que se declare adversario de la constitución” (Montesquieu LVI).

Votad por Brandeburgo-Manteuffel-Ladenberg y la *cuestión social* quedará resuelta por la vía “más fácil” y “¡más simple!” Votad por Dumont, Camphausen,

Wittgestein o incluso por *dii minorum gentium*, como Compes, Mevisen y colegas, y la *cuestión social* está resuelta. La “cuestión social” a cambio ¡de un voto! Quienes “quieran dar de comer a los hambrientos y vestir a los desnudos” no tienen más que votar por Hansemann y Stupp. ¡Por cada voto una cuestión social menos! ¡La aprobación de la constitución *octroyée*, he ahí la solución del problema social!

No dudamos ni un instante que no ya sólo Montesquieu LVI, sino sus mecenas de la liga de los burgueses, no esperarán la revisión, aprobación y definitiva aplicación de la constitución *octroyée* para “dar de comer a los hambrientos y vestir a los desnudos”. Con ese fin se han tomado ya disposiciones.

Desde hace algunas semanas se difunden circulares en las que los capitalistas indican a los maestros artesanos, pequeños comerciantes, etc., que, dada la situación actual y el renacimiento del crédito, por razones filantrópicas, los intereses se verán aumentados del 4 al 5 por ciento. ¡Primera solución de la cuestión social!

En el mismo espíritu, el consejo municipal ha redactado la “Carta de los Trabajadores”<sup>1</sup> destinada a los infelices que mueren de hambre y se ven obligados a vender sus brazos a la municipalidad (véase el número 187 de la *Neue Rheinische Zeitung*). Se recordará que en esta carta *octroyée* a los trabajadores, el obrero que se ha quedado sin pan se ve sometido por contrato a la vigilancia policíaca.

¡Segunda solución de la cuestión social!

En Colonia, poco después del vendaval de marzo, el consejo municipal abrió un comedor a precio de coste, bien arreglado, con magníficas salas calentadas, etc. Tras la constitución *octroyée*, ese local ha sido reemplazado por otro, dependiente de la asistencia pública, sin fuego, sin apenas platos, en el que no se permite comer, pero donde se vende por 8 céntimos un pocillo de inmundo rancho. ¡Tercera solución de la cuestión social!

En Viena, mientras ejercieron el poder, los obreros velaron sobre los bancos, palacios, el patrimonio de la burguesía que había huido. A su retorno, los mismos burgueses denunciaron aquellos “bandidos” a la Windischgrätz *para que fueran colgados*. Los parados que se dirigieron al consejo municipal fueron enrolados en el ejército contra Hungría. ¡Cuarta solución de la cuestión social!

En Breslau, el consejo municipal y el gobierno abandonaron tranquilamente a los pobres en brazos del cólera, obligándoles a refugiarse en los hospicios de mendigos, privándoles de los medios de subsistencia física indispensable y sólo se acordaron de las víctimas de su cruel caridad cristiana cuando la epidemia llamó a sus propias puertas. ¡Quinta solución de la cuestión social!

En la asociación berlinesa “Con Dios, el Rey y la Patria”, un amigo de la constitución *octroyée* ha declarado que es penoso tener que andar alegando siempre al “proletariado” para defender sus propios intereses e ideales.

He aquí la solución de “la solución de la cuestión social”.

“Los espías prusianos son peligrosos precisamente porque no son pagados nunca pero siempre esperan serlo”, dice nuestro amigo Heine. Y los burgueses prusianos son peligrosos precisamente porque no pagan nunca, pero siempre prometen hacerlo.

Los burgueses ingleses y franceses gastan mucho en sus bellas jornadas electorales. Sus maniobras corruptoras son universalmente conocidas. Los burgueses prusianos, por el contrario, son gentes muy astutas. Demasiado prudentes y morales para echar mano a su dinero, pagan con la “solución de la cuestión social”. ¡No les cuesta nada! En cuanto a Montesquieu LVI, como oficialmente nos informa Dumont, él paga, al menos, el derecho de inserción en la *Kölnische Zeitung*; y ofrece la solución de la cuestión social... gratis.

---

<sup>1</sup> Ver en esta misma serie: *Un documento burgués*, Carlos Marx.

La parte práctica de las *petites oeuvres* de nuestro Montesquieu se resume, pues, en lo siguiente:

¡Votad por Brandeburgo-Manteuffel-Ladenberg! ¡Elegid a Camphausen-Hansemann! ¡Enviadnos a Berlín! ¡Instalad allí a nuestros hombres! *He ahí la solución de la cuestión social.*

El inmortal Hansemann había resuelto ya estos problemas. Primero restablecer el orden para restablecer el crédito; después, como en 1844, “cuando la necesidad y el deber nos obligaron a ofrecer ayuda a los queridos tejedores de Silesia”, pólvora y plomo para resolver la *cuestión social*.

Votad, pues, por los amigos de la constitución *octroyée*.

Montesquieu LVI, de todas formas, acepta la constitución *octroyée* tan sólo para, seguidamente, revisarla y aprobarla.

¡Excelente Montesquieu! Una vez aceptada la constitución, no la revisarás más que sobre sus bases específicas, es decir, en los límites que les parezca y plazca al rey y a la segunda cámara, compuesta por terratenientes, barones de la finanza, altos funcionarios y prelados. Esta revisión, la única posible, está ya providencialmente anticipada en la constitución misma. Consiste en el abandono del sistema constitucional y en el restablecimiento del antiguo régimen cristiano-germánico.

He aquí la única revisión posible, la única admitida, después de la aprobación de la constitución *octroyée*, cosa que no puede haber escapado a la perspicacia de un Montesquieu.

La parte práctica de las *petites oeuvres* de Montesquieu LVI tiende, pues, a esto: ¡Votad por Hansemann-Camphausen! ¡Por Dumont-Stupp! ¡Por Brandeburgo-Manteuffel! ¡Aprobad la constitución *octroyée*! ¡Designad a los grandes electores que aprueben la constitución *octroyée*! Todo ello con el pretexto de resolver la cuestión social.

¡Qué diablos importa el pretexto, una vez que la constitución *octroyée* está en vigor!

Pero, naturalmente, nuestro Montesquieu ha hecho preceder sus propuestas prácticas para resolver la “cuestión social”, de una parte teórica, verdadera esencia de su gigantesco trabajo.

Examinémosla.

El profundo pensador esclarece ante todo lo que es “la cuestión social”.

“¿Qué es, pues, la cuestión social en realidad?”

El hombre quiere y debe vivir.

Para vivir, el hombre necesita vivienda, ropa y alimentos.

La naturaleza no produce ni la vivienda ni la ropa; los alimentos crecen en estado silvestre y en medida muy insuficiente.

El hombre debe, pues, satisfacer por sí mismo estas necesidades.

Y lo hace mediante el trabajo.

De ello se desprende que *el trabajo es la primera condición de nuestra vida; sin trabajar no podemos vivir.*

En tiempos de los pueblos primitivos, cada cual construía su propia cabaña, fabricaba su ropa con pieles de animales, se procuraba frutos para nutrirse; era el estado primitivo.

Pero si el hombre no tiene más necesidades que techo, ropa, y alimentos, si sólo satisface sus necesidades *físicas*, se sitúa al mismo nivel que los animales, pues los animales hacen lo mismo.

Ahora bien, el hombre es un ser superior al animal, tiene necesidad de algo más para vivir: debe elevarse a un valor moral. Pero sólo puede hacerlo cuando vive en sociedad.

Mas, apenas los hombres vivieron en sociedad, se establecieron relaciones muy distintas. Pronto se dieron cuenta de que el trabajo era mucho más fácil y ligero cuando cada uno realiza un determinado trabajo. Y fue así como uno fabricó la ropa, el otro construyó las casas, el tercero aportó los alimentos, y el primero dio al segundo lo que le faltaba. De esta forma totalmente

espontánea, se produjeron las distintas clases de hombres; uno fue cazador, otro artesano, el tercero campesino. Pero los hombres no se detuvieron ahí porque la humanidad debe siempre ir más allá. Se hicieron invenciones. Se inventó el hilar y el tejer, el forjar el hierro, el curtido de la piel. Cuantas más invenciones se hacían, tanto más variada era la labor del artesano, más ligera la del campesino, al cual el artesano proporcionaba arado y azadón. Cada cosa se entrelazaba y contribuía a otra. Todo el mundo cooperaba. Después los pueblos vecinos se encontraron; unos tenían aquello que faltaba a otros. Se hicieron intercambios. Así nace el *comercio*, nueva rama de la actividad humana. De esta forma la cultura ascendió escalón tras escalón; de la primera torpe invención se llega a las invenciones de nuestro tiempo.

De esta forma nació entre los hombres la ciencia y el arte, y la vida es cada vez más rica, cada vez más variada. El médico curaba a los enfermos, el cura predicaba, el mercader traficaba, el campesino sembraba, el jardinero cultivaba flores, el albañil construía casas que el carpintero equipaba de muebles domésticos, el molinero molía el grano, el panadero cocía el pan; cada oficio se entrelazaba al otro; nadie podía trabajar solo, nadie podía satisfacer por sí solo sus necesidades.

Son estas las relaciones sociales. Han nacido naturalmente de sí mismas. Y si hoy hacéis una revolución que destruya de arriba abajo todas estas relaciones, y si mañana recomenzáis de nuevo a vivir, estas relaciones *se recrearán exactamente como están hoy*. Desde hace milenios ha sucedido de esta manera en todos los pueblos de la Tierra. Y si ahora, alguien hace diferencias entre obreros y burgueses, se trata de una gran mentira. *Todos trabajamos*, cada uno a su modo, cada uno según su fuerza y facultad. El médico que visita al enfermo, el músico que acompaña una danza tocando, el mercader que escribe sus cartas, todos trabajan, cada cual en su puesto”.

*¡Aquí está la sabiduría! ¡Quien tenga orejas para oír, que oiga! ¿En qué consiste, en sentido propio, la cuestión filosófica?* Cada ser físico presupone un cierto peso, densidad, etc. Cada cuerpo orgánico está constituido por distintas partes, cada una de las cuales ejerce una función, y los órganos actúan y reaccionan los unos sobre los otros.

*“Estas son las relaciones fisiológicas”*. No se puede negar que Montesquieu LVI posee un talento original para la simplificación de la ciencia. ¡Una patente (sin garantía gubernamental) para Montesquieu LVI!

Los productos del trabajo han sido creados tan sólo por el trabajo. Sin semilla, ninguna cosecha; sin hilado, ninguna tela, etc.

Europa atónita se inclinará ante el genio ciclópeo que ha dado a luz esta verdad en la misma Colonia, incluso sin los buenos oficios de la *Neue Preussische Zeitung*.

En el trabajo, los hombres entran en relaciones recíprocas dadas. Se verifica una *división del trabajo*, que está más o menos articulada. Uno cuece el pan, otro forja el hierro; uno grita, el otro gime, Montesquieu LVI escribe, Dumont imprime. *¡Adam Smith, reconoce a tus maestros!*

Ahora bien, este descubrimiento, es decir, que el trabajo y la división del trabajo son condiciones de vida de toda sociedad humana, permiten a Montesquieu LVI concluir que las “diversas” clases son un hecho absolutamente natural; que la diferencia entre “burguesía y proletariado” es una “gran mentira”; que las “relaciones sociales existentes”, ya puede hacerlas volar una revolución, que se reconstituirán *exactamente como están hoy*, y que, en fin, es inexorablemente necesario elegir los electores en la dirección de Manteuffel y de la constitución *octroyée*, si se “tiene en el pecho un corazón para los propios hermanos pobres” y se quiere entrar en la estima de Montesquieu LVI.

*“¡Desde hace milenios ha ocurrido de esta manera en todos los pueblos de la Tierra!”*

En Egipto existía el trabajo y la división del trabajo; y *castas*; en Grecia y en Roma, trabajo y división del trabajo; y *libres y esclavos*; en la Edad Media, trabajo y división del trabajo; y *señores feudales y siervos de la gleba*, corporaciones, órdenes, etc. En nuestros días, existe trabajo y división del trabajo; y *clases*; una posee todos los instrumentos de producción y los medios de subsistencia, mientras la otra vive

únicamente a condición de vender su propio trabajo, y vende su propio trabajo tan sólo para que la clase poseedora se enriquezca mediante la compra de este trabajo.

¿No es claro como el sol que “*así ha sucedido en todos los pueblos desde milenios*”, que así es hoy en Prusia? ¿Y que *trabajo y división del trabajo*, en una u otra forma, han existido siempre? ¿O, por el contrario, está demostrado que las relaciones sociales, las relaciones de propiedad, han sido constantemente modificadas por el mismo género de trabajo continuamente en mutación, y por las divisiones del trabajo?

En 1789, los burgueses no dijeron a la sociedad feudal: ¡Que la nobleza continúe siendo nobleza, que el siervo de la gleba siga siendo siervo de la gleba, que las corporaciones sigan siendo corporaciones, porque sin trabajo y sin división del trabajo no hay sociedad!; Montesquieu LVI razona de manera contraria: ¡Sin respiración, no hay vida: respirad, pues, el aire viciado, y por favor, no abráis la ventana!

Se necesita toda la arrogancia pretenciosa y cándida de un pequeño burgués alemán, envejecido en una brutal incultura, para ponerse a hablar con voz de oráculo sobre los problemas que tanto han dado que hacer a nuestro siglo, y cuando apenas se han digerido los primeros rudimentos de la economía política: trabajo y división del trabajo.

“*Sin trabajo y división del trabajo, no existe sociedad*”. Luego:

¡Elegid como grandes electores a los amigos de la constitución prusiana *octroyée* y a nadie más!

Un día, este epitafio resplandecerá en enormes letras en los muros del espléndido mausoleo que la posteridad agradecida se sentirá en deber de erigir: a aquél que resolvió la cuestión social, a Montesquieu LVI (no confundirle con Heinrich CCLXXXIV de Reuss-Schleiz-Greiz-Lobenstein-Eberswald).

Montesquieu no nos oculta “dónde se halla la dificultad” ni lo que ha pensado hacer apenas sea proclamado legislador.

“El estado debe vigilar [nos enseña] a fin de que cada uno reciba tanta instrucción como necesite para adquirir conocimientos universalmente válidos”. Montesquieu LVI no ha oído nunca decir que en el estado de cosas actual, la división del trabajo sustituye el trabajo complicado por el trabajo simple, los adultos por los adolescentes y los chiquillos, los hombres por las mujeres, el obrero independiente por un simple autómeta; que, en el estado actual, en el que la industria moderna se desarrolla, la instrucción de los trabajadores es imposible, y también superflua. No enviaremos al Montesquieu de Colonia ni a *St. Simon*, ni a *Fourier*, sino a *Malthus* y a *Ricardo*. ¡Que el piadoso hombre aprenda a conocer los primeros elementos de la situación actual, antes de mejorarla, y de hacer el oráculo!

“*Las personas empobrecidas por la enfermedad y la vejez deben ser mantenidas por el municipio*”. ¿Y si es el mismo municipio el que empobrece (cosa que no puede dejar de suceder, con los 100 millones de impuestos *octroyés* al mismo tiempo que la nueva constitución, y con la permanencia de los estados de sitios), que hará entonces, Montesquieu?

“*En donde nuevas invenciones o crisis comerciales destruyan ramas enteras de la industria, el estado debe acudir en ayuda y tomar medidas*”.

Por muy ignorante que sea de los sucesos de este mundo, no puede habersele escapado a Montesquieu de Colonia, que las “nuevas invenciones” y las crisis comerciales son permanentes, como los decretos ministeriales y el terreno del derecho prusiano. En particular en Alemania, las nuevas invenciones se introducen cuando la competencia con los otros pueblos hace de esta introducción una cuestión de vida o muerte; ¿y las nuevas ramas industriales que nacen deberían arruinarse para ayudar aquéllas que agonizan? Las ramas de la industria que las invenciones hacen vivir, prosperan, precisamente, porque producen a precio más barato, que las que van mal. ¿Dónde demonios terminarían la

ventaja, si debiera subvencionar a las que agonizan? Además, es bien conocido que el estado, el gobierno, da solamente en apariencia. Para que dé, necesita primero recibir. Pero ¿quién debe darle, Montesquieu LVI? ¿La rama de la industria que se hunde, para que se hunda más? O ¿aquella que se está desarrollando, para que se debilite? O ¿las ramas de la industria que no han sido tocadas por las nuevas invenciones, para que quiebren inmediatamente como consecuencia de la invención de un nuevo impuesto? ¡Reflexionadlo bien, Montesquieu LVI!

¿Y la crisis comercial, óptimo Montesquieu? Cuando se desencadene una crisis comercial europea, el estado prusiano no hará otra cosa que someter al más detallado y minucioso examen el modo de exprimir hasta la última gota de las fuentes normales de los impuestos, mediante ventas forzosas, etc. ¡Pobre estado prusiano! Para poder contrarrestar una crisis debería poseer, además del trabajo nacional, allí arriba en las nubes, una tercera fuente de ingresos. Ciertamente, si los mensajes de principio de año de su majestad excelentísima, las órdenes del día de Manteuffel al ejército, o los decretos ministeriales de Brandeburgo, permitieran hacer brotar por arte de magia dinero del suelo, el “rechazo del impuesto” no hubiera empavorecido a la “querida y fiel” dieta prusiana; y la cuestión social estaría bien resuelta, incluso sin la constitución *octroyée*.

Sabido es que la *Neue Preussische Zeitung* calificó de *comunista* a nuestro Hansemann porque había proyectado abolir la exención de los impuestos. Nuestro Montesquieu, que nunca ha leído la *Neue Preussische Zeitung*, por propia inspiración genial bautiza de “comunista” y “republicano rojo” a cualquiera que amenace la constitución *octroyée*. ¡O votáis por Manteuffel, o sois no solamente un enemigo personal del trabajo y de la división del trabajo, sino también un comunista y un republicano rojo! ¡Reconoced el nuevo “terreno del derecho” marca Brüggemann, o renunciad al código civil!

*Número 222, del 15 de febrero de 1849.*

*Colonia*, 21 de enero. Con astucia de traficante consagrado, maestro en el arte de vender un asno por un caballo de raza, Montesquieu LVI quiere vender a los electores el “caballo regalado” de la constitución *octroyée*. ¡Es el Montesquieu de la feria de caballos!

Quiénes no quieren la constitución *octroyée*, quieren la república; no la república pura y simple, sino ¡la república roja! La desgracia es que en nuestras elecciones lo que está en juego es bastante menos que la república o la república roja. Simplemente la opción es: ¿Queréis el viejo *absolutismo* reverdecido, con su cortejo de órdenes o “estados”? ¿O queréis el *sistema representativo* burgués? ¿Queréis una constitución política correspondiente a las “relaciones sociales existentes” desde hace siglos, o una constitución política que se adapte a las “relaciones sociales existentes” en nuestro siglo?

No se trata, pues, en esta situación, de una lucha contra las relaciones de propiedad burguesa, como se desarrolla en Francia y se prepara en Inglaterra; se trata sólo de una lucha contra una constitución política que amenaza las “relaciones de propiedad burguesas” confiando el timón del estado a los representantes de las “relaciones de propiedad *feudal*”: al rey por la gracia de Dios, al ejército, a la burocracia, a los terratenientes, a algunos barones de la finanza y burguesotes aliados suyos.

Según estos señores, ¡qué duda cabe!, gracias a la constitución *octroyée*, la cuestión social está resuelta.

¿Qué es la “*cuestión social*” según el funcionario? Es conservar su estipendio y la posición ocupada hasta ahora por encima del pueblo.

¿Y qué es “la *cuestión social*” en el espíritu de la nobleza y de los latifundistas? Conservar los privilegios ligados a los señores de la tierra, conservar el monopolio de los cargos más remunerados en el ejército y en la administración civil para sus familias, en

fin, continuar recibiendo asignaciones directas del tesoro público. Además de tales tangibles intereses *materiales*, y por ello “sacrosantos”, se trata de conservar los títulos sociales que distinguen su raza pura de la vil raza de los burgueses, de los campesinos y de los plebeyos. La vieja asamblea nacional ha sido disuelta porque se atrevía a meter mano a estos “sacrosantos intereses”. Aquello que sus señorías entienden por “revisión” de la constitución concedida por el imperio como se ha dicho ya, es la reposición del sistema de las órdenes corporativas, es decir, de una forma de constitución política que respete los intereses “sociales” de la nobleza feudal y la burocracia, del monarquismo por la gracia de Dios.

De nuevo insistimos en que no tenemos ninguna duda de que la constitución *octroyée* resuelve la “cuestión social” tal como desea la nobleza o la burocracia; es decir, concede a esos señores una forma de gobierno que les asegura la explotación del pueblo.

Pero ¿resuelve la “cuestión social” para la burguesía? Con otras palabras: ¿obtiene la burguesía una forma estatal en la que pueda libremente tratar los asuntos comunes de la clase burguesa, defender los intereses comerciales, industriales y agrícolas, puede hacer que los fondos públicos sean utilizados con más provecho, que se reduzcan los gastos presupuestarios, proteger eficazmente el trabajo nacional en el exterior y, en el interior, desarrollar todas las fuentes de riqueza hasta ahora obstruidas por la charca feudal?

¿Muestra la historia un solo ejemplo en el que la burguesía, bajo el poder de un rey por gracia divina, haya podido imponer una forma política estatal que responda a sus propios intereses materiales? Para implantar una monarquía constitucional, la burguesía ha debido, en Inglaterra, expulsar dos veces a los Stuart, en Francia expulsar a los Borbones, en Bélgica a la dinastía de Guillaume de Nassau.

¿Cómo se explica este fenómeno?

Un soberano hereditario por la gracia de dios, no es un simple individuo; es el representante en carne y hueso de la vieja sociedad *dentro* de la nueva. El poder estatal en las manos del rey por gracia divina, es el poder estatal en manos de la vieja sociedad reducida ya a escombros; es el poder estatal en manos de las órdenes feudales, a cuyos intereses se oponen con un antagonismo absoluto los intereses de la burguesía.

Ahora bien, la base de la constitución *octroyée* es precisamente, “*el rey por la gracia de dios*”.

Así como los elementos feudales de la sociedad ven en la monarquía por la gracia divina su *cumbre política*, la monarquía por gracia divina ve, en el orden feudal, su *pedestal social*, el famoso “*baluarte del rey*”.

En consecuencia, cada vez que los intereses de los señores feudales, del ejército y de la burocracia que ellos dominan, se enfrentan con los de la burguesía, la monarquía por gracia divina estará inducida a dar un golpe de estado, y madurará una crisis, o revolucionaria o contrarrevolucionaria.

¿Por qué fue disuelta la asamblea nacional? Sólo porque representaba los intereses de la burguesía contra aquellos del feudalismo; porque quería abolir las relaciones feudales que obstaculizaban la agricultura, subordinar el ejército y la burocracia al comercio y a la industria, poner freno a la dilapidación de los fondos públicos, suprimir los títulos nobiliarios y burocráticos.

En todas estas cuestiones estaban en juego, en primer lugar y directamente, *los intereses de la burguesía*.

*Así, golpe de estado y crisis contrarrevolucionaria*: ésta es la condición de vida de la monarquía por gracia divina, obligada por los acontecimientos de marzo y otros a humillarse, aceptando bien a su pesar la forma aparente de monarquía burguesa.

¿En una forma estatal cuyos ingredientes necesarios son el golpe de mano, la crisis revolucionaria y el estado de sitio, puede restablecerse el *crédito*?

¡Qué locura!

La industria burguesa *debe romper* los vínculos del absolutismo y del feudalismo. Una revolución contra ambos, prueba únicamente una cosa: que la industria burguesa ha llegado a su apogeo y, por consecuencia, debe o conquistar una forma estatal adecuada, o sucumbir.

El sistema de tutela burocrática que la constitución *octroyée* asegura, significa la *muerte* de la industria: basta pensar en la administración minera prusiana, en los reglamentos de fábrica y otras delicias. Si un industrial inglés compara sus costes de producción con los de un industrial prusiano pone siempre, en primer lugar, la pérdida de tiempo que la observación obligada de las prescripciones burocráticas impone al segundo.

¿Qué propietario de refinería de azúcar no recuerda el tratado de comercio prusiano-holandés de 1839? ¿Qué industrial prusiano no recuerda con vergüenza el año 1846, cuando el gobierno de Prusia para complacer al de Austria, prohibió a una provincia entera la exportación a Galitzia; cuando el ministro prusiano declaró, una vez que en Breslau se desencadenó una epidemia de quiebras, que no conocía la importancia de la exportación a Galitzia?

Hombres de esta “raza” son los que la constitución *octroyée* pone a la cabeza del estado, hombres de cuyas manos, por otro lado, ha salido este bello obsequio. ¡Pensadlo, pues, dos veces!

La aventura de Galitzia llama nuestra atención sobre otro problema.

En aquel momento, el gobierno prusiano sacrificó a la contrarrevolución, de acuerdo con Rusia y Austria, la industria y el comercio de Silesia. Esta maniobra se repetirá cada día de ahora en adelante. El banquero de la contrarrevolución ruso-austro-prusiana, al cual la monarquía por gracia divina, con su “baluarte del rey”, busca y buscará siempre como su apoyo *externo*, es *Inglaterra*. Y el más peligroso adversario de la industria alemana, es, también, *Inglaterra*. Creemos que estos dos datos hablan por sí solos.

En el interior, la industria frenada por las cadenas burocráticas, la agricultura frenada por los privilegios feudales; en el exterior, el comercio vendido a *Inglaterra* por la contrarrevolución; ¡tal es el destino de la riqueza nacional prusiana bajo la égida de la constitución *octroyée*! El informe de la “comisión financiera” de la asamblea nacional disuelta, ha dado suficiente luz sobre la administración bendita de Dios del tesoro público. Y, sin embargo, este informe tan sólo cita, a título de ejemplo, la suma sustraída de las cajas del estado para apuntalar el vacilante baluarte del rey y redorar los blasones de los pretendientes extranjeros a la monarquía absoluta (Do Carlos). Ahora bien, estos dineros sacados de los bolsillos de todos los ciudadanos para que la aristocracia pueda llevar una vida digna de su estado, y los “pilares” de la monarquía feudal se mantengan en pie, son una pequeñez- en comparación al balance estatal *octroyée* al mismo tiempo que la constitución de Manteuffel. Primero que todo, un *fuerte ejército*, a fin de que la minoría aplaste a la mayoría; después, un ejército de funcionarios lo más numeroso posible, para que el mayor número de ciudadanos, con el cebo de sus intereses privados, quede al margen del cuidado de los intereses generales; luego, el empleo más improductivo del dinero público, a fin de que la riqueza, como dice la *Neue Preussische Zeitung*, no vuelva arrogantes a los súbditos de su majestad; en fin, la reserva de la mayor cantidad posible de los fondos públicos, en vez de su empleo industrial, para que el gobierno de derecho divino pueda afrontar al pueblo con plena autonomía en los momentos de crisis desde ahora fácilmente previsibles: he aquí las grandes líneas del presupuesto *octroyée*. Los impuestos utilizados para mantener el poder del estado como potencia opresiva, autosuficiente y santificada, en contra de la industria, la agricultura y el comercio, en

lugar de *rebajarlos* a servir de *instrumentos* profanos de la sociedad civil; he aquí el principio vil de la constitución prusiana graciosamente concedida.

Tal es el donador, tal es el donativo: igual actual gobierno prusiano, es la constitución por regalada. Para caracterizar la *aversión de este gobierno con relación a la burguesía*, basta llamar atención sobre la *ordenanza de los oficios* que ha proyectado. El gobierno busca *volver a la corporación* bajo el pretexto de encaminarse hacia las *asociaciones*. La competencia obliga a producir siempre a mejor precio, y por ello en mayor escala, es decir, con *mayor capital una división del trabajo cada vez más caracterizada* y con un empleo creciente de la maquinaria. Toda nueva división del trabajo, desvalora la vieja habilidad artesanal, toda nueva máquina expulsa a centenares de obreros, todo trabajo en mayor escala, con mayor capital, arruina al pequeño comercio y a la pequeña empresa. El gobierno promete defender al artesano contra la fábrica, defender aquella habilidad heredada de sus padres contra la división del trabajo; promete proteger al pequeño capital, del grande, *gracias a las instituciones corporativas feudales*. De esta forma, nación alemana, y en particular la prusiana, que con fatiga y tensando al máximo sus fuerzas resiste la competencia británica, será lanzada en brazos ésta, sin reacción posible, atada por la imposición de una organización corporativa que choca con los medios modernos de producción y que la industria moderna hace estallar.

Nosotros somos, sin duda, los que menos queremos el dominio de la burguesía. Hemos sido los primeros, en Alemania, en levantar la voz contra ella mientras los modernos “hombres de acción” se agitaban complacidos en querellas subalternas.

Pero decimos a los trabajadores y a los pequeños burgueses: soportad la sociedad burguesa moderna porque con su industria crea los medios materiales para la instauración de una sociedad nueva, liberadora de todos vosotros, antes que volver a una forma de sociedad caduca que, so pretexto de salvar a vuestras clases, precipita la nación entera en la barbarie medieval.

Pero el gobierno de derecho divino tiene como *pedestal social*, lo hemos visto, las órdenes e instituciones feudales. No se adapta a la nueva sociedad burguesa. Busca construir una sociedad a su imagen y semejanza. *Pura coherencia* es que intente sustituir la libre competencia por los gremios, los telares por la rueca, el arado de vapor, por el azadón.

¿Por qué, pues, en estas condiciones, la burguesía prusiana, contradiciendo completamente sus modelos franceses, ingleses y belgas, celebra como su *schibboleth* la constitución *octroyée* y, con ella, la monarquía por gracia divina, la burocracia y el junkerismo?

La parte comercial e industrial de la burguesía se lanza a los brazos de la contrarrevolución por miedo a la revolución. ¡Como si la contrarrevolución no fuera la antecámara de la revolución!

Hay, además, una parte de la *burguesía* que, indiferente a los intereses generales de su clase, persigue intereses particulares, francamente antagónicos a ella.

Son los barones de la finanza, los grandes acreedores del estado, los banqueros, *les rentiers*, cuya riqueza crece en la misma proporción que la pobreza del pueblo y, en fin, gente cuya profesión somete al antiguo orden de cosas, como por ejemplo Dumont y su *lumpenproletariat* de la pluma: profesores ávidos de honores, abogados y otros personajes que necesitan de un estado en el que traicionar al pueblo en provecho del gobierno sea oficio lucrativo, fuente de altos cargos y ricas prebendas.

Son industriales aparte, que hacen buenos negocios con el gobierno, proveedores ávidos de un porcentaje en la explotación general del pueblo, burgueses sin importancia cuya influencia andaría perdida en una intensa vida política, consejeros municipales que, bajo el manto de las instituciones existentes, se han ocupado de sus sucios intereses

privados a expensas de los intereses públicos; comerciantes en aceite y grasas que, por haber traicionado la revolución, se han transformado en excelencias y caballeros de la orden del águila, comerciantes en pan y especuladores ferroviarios arruinados que, por la misma vía, han subido de grado hasta transformarse en regios directores de banco, etc., etc.

“Estos son los amigos de la constitución octroyée”. Y si la burguesía tiene en el *pecho un corazón que palpita por sus hermanos pobres* y quiere merecer la estima de Montesquieu LVI, que vote por:

*Los grandes electores en el espíritu de la constitución octroyée.*

Edicions Internacionals Sedov  
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)